El interés con que Inglaterra influye en la organización de las fuerzas entre las potencias del continente europeo, no está inspirado solamente, claro está, en el bienestar de las naciones que se sienten sojuzgadas o amenazadas por la fuerza superior de algunas otras. Tan humanitario interés ejerce raras veces influencia predominante en las decisiones políticas de los grandes Estados. El equilibrio de las fuerzas en Europa y su repercusión sobre la soberanía marítima de Inglaterra, es lo que sirve de norte a la política británica; y toda transferencia de poderío que no pueda traer tal consecuencia en pos de sí, es cosa que ha sido siempre indiferente al gobierno inglés. La razón de que Inglaterra, tradicionalmente, esto es, consecuente con sus inmutables intereses nacionales, se ponga en actitud celosa o por lo menos recelosa enfrente de la potencia continental más fuerte del momento, estriba principalmente en la importancia que concede Inglaterra a una superioridad de poder en el continente por lo que afecta a la política en el mar. Cualquier gran potencia europea cuya fuerza militar se haya demostrado tan enérgicamente, que en el curso normal de los acontecimientos no tenga que temer nunca los ataques a sus fronteras, adquiere, en cierto modo, las mismas condiciones de existencia nacional que han hecho de Inglaterra la primera potencia en el mar y en el comercio del mundo. Inglaterra ha ido a todos los mares con sus fuerzas y su osadía, porque juzgaba suficientemente resguardadas sus propias fronteras, contra cualquier ataque, por el mar que las rodea. Pero si una potencia continental cuenta también con esta protección de sus fronteras nacionales, defendidas por un ejército victorioso y predominante, queda desde luego con las manos desembarazadas para la política ultramarina, es decir, goza de las mismas ventajas que debe Inglaterra a su posición geográfica, y por lo tanto, se convierte en competidora en el campo en que Inglaterra reclama la supremacía. La política inglesa cuenta en este punto con las enseñanzas de la Historia y aun podría decirse con la certidumbre con que se ha operado siempre el desenvolvimiento de las naciones y de los Estados. Todo pueblo dotado de sano instinto y constituido en Estado capaz de vivir, ha procurado asomarse a las costas del mar cuando la naturaleza se las ha negado. Los litorales y los puertos han sido siempre disputados con el encarnizamiento y la obstinación más grandes, desde Corcira y Potidea, porque ya posesión se encendió la guerra del Peloponeso, hasta Kavalla, por la cual han luchado en nuestros días griegos y búlgaros. Los pueblos que no pudieron salir al mar o que de él han sido alejados, se apartan sólo circunstante de la gran competencia mundial. Pero la posesión de litorales marítimos no significa más que la posibilidad de la expansión ultramarina y, en último término, la de extender la política continental a la universal. Los pueblos de Europa, que no han utilizado sus puertos y sus costas en tal sentido, obraron así porque no pudieron hacer otra cosa, porque necesitaron toda su fuerza nacional para la defensa de sus fronteras contra los adversarios continentales. Por esta razón, los extensos planes de política colonial del Gran Elector (Federico Guillermo) tuvieron que ser abandonados por sus sucesores.

Los caminos de la política universal han estado siempre abiertos para la potencia continental más fuerte; pero Inglaterra era el centinela vigilante que guardaba estos caminos. Cuando Luis XIV invitó a Carlos II a firmar una alianza anglofrancesa, este rey, no obstante sus profundas simpatías personales por Francia, le replicó que para una alianza sincera tropezarían con ciertos obstáculos, de los cuales el más importante era la diligencia con que Francia trataba de convertirse en potencia marítima de primer orden. Para Inglaterra, que sólo podía ser fuerte y poderosa por su comercio y su marina de guerra, constituía eso tal motivo de recelo, que cada paso que diera Francia en esa dirección había de instigar de nuevo los celos entre ambos pueblos. Después de cerrada la paz de Hubertusburg, Pitt el viejo expresó en el Parlamento su disgusto de que se hubiese permitido a Francia la posibilidad de reconstituir su flota. Principalmente más adversaria de la política marítima francesa, Inglaterra fué enemiga de Francia en la guerra de Sucesión de España, donde la supremacía francesa en Europa recibió el primer golpe y valió a Inglaterra, con la posesión de Gibraltar, la llave del Océano, y los mejores territorios del Canadá, tan briosamente defendidos por los franceses. A mediados del siglo XVIII decía lord Chatam: «El único peligro que Inglaterra puede temer, es el de que Francia adquiera la categoría de gran potencia marítima, comercial y colonial». Y antes de la guerra de Crimea, escribía David Urquhart: «Nuestra situación insular sólo nos permite escoger entre la omnipotencia o la impotencia. La Gran Bretaña será la reina de los mares o será tragada por el mar».

La política inglesa ha permanecido fiel a sí misma hasta la hora presente, porque Inglaterra, hoy como ayer, es la primera potencia marítima. En lugar de los recios conflictos de otros tiempos, han entrado en juego los sutilísimos conflictos diplomáticos, pero el fin de la política inglesa es siempre el mismo.

Alemania e Inglaterra

Cuando el Imperio alemán, después de haber resuelto sus problemas políticos en el continente y asegurado su situación como potencia europea, dejó entrever que no estaba dispuesto, ni podía estarlo, a renunciar a su entrada en los caminos de la política mundial, se convirtió en motivo de desasosiego para Inglaterra. Pudo la diplomacia suavizar en sus efectos las consecuencias de tal mudanza; pero era imposible suprimirlas.

Porque si nosotros comprendemos las tradiciones de la política inglesa, de ninguna manera estamos dispuestos a conceder que Inglaterra tenga razón en poner obstáculos a la transformación de la economía nacional alemana en economía universal, a la conversión de la política continental en política mundial, y mucho menos a la construcción de una flota de guerra, con la misma desconfianza que, en siglos pasados, mostró frente a otras potencias, tal vez entonces por motivos justificados.

La dirección de nuestra política universal es, en los medios y en los fines, profundamente distinta de las tentativas de conquista universal hechas por España y Francia y, en cierto sentido, también por Holanda y Rusia, en los pasados tiempos. Esa política universal, cuya la que se mostró tan decidida adversaria Inglaterra, tendía generalmente a un cambio más o menos violento de la situación internacional de Europa. Nosotros no hacemos más que poner sencillamente en cuenta la transformación de nuestra vida nacional. La política mundial de otros Estados, a veces tan combatida por Inglaterra, tenía carácter ofensivo; la nuestra es de carácter defensivo. Nosotros queríamos y debíamos ser suficientemente fuertes en el mar para rechazar todo ataque que partiera de cualquiera otra potencia marítima, y poder custodiar nuestros intereses ultramarinos para que no estuvieran a merced del capricho ni de la influencia de otros Estados poderosos en el mar. Nuestro formidable desenvolvimiento nacional, especialmente en el terreno económico, nos había empujado más allá del Océano. Así por nuestros intereses como por nuestra dignidad y nuestro honor, nos era preciso lograr la misma independencia en nuestra política mundial que la que habíamos conquistado ya para nuestra política europea. El cumplimiento de este deber nacional podía verse grandemente dificultado por la eventual resistencia inglesa; pero no había ya en lo humano oposición alguna que pudiera eximirnos de tal obligación.

Con la mirada fija en la política inglesa debía Alemania construir su flota... y así ha sido construida. Al cumplimiento de esta labor habían de dirigirse con preferencia nuestros desvelos y afanes en el campo de la gran política. Alemania debía hacerse independiente en lo internacional, por dos objetos. No debían inspirarse nuestros propósitos en una política dirigida contra Inglaterra; pero tampoco someternos a la dependencia inglesa con objeto de conciliarnos su amistad. Ambos peligros eran posibles y más de una vez fueron inminentes. En nuestra evolución a potencia marítima no podíamos llegar al fin deseado ni como satélites ni como antagonistas de Inglaterra. La amistad inglesa, segura y sin reservas, sólo hubiéramos podido obtenerla, en definitiva, mediante el sacrificio de nuestros planes políticomundiales, precisamente los mismos por los cuales hubiéramos solicitado tal amistad. Al seguir este camino hubiéramos cometido la falta que expone el poeta romano cuando dice que no es permitido *propter vitam vivendi perdere causas*. Por otra parte, como enemigos de Inglaterra, difícilmente se hubiera abierto a nuestros ojos la perspectiva de ir tan lejos en nuestro paso a la categoría de potencia marítima y comercial, como al fin hemos ido.

¿Qué enseñan estas páginas del príncipe de Bülow a través de los felinos eufemismos de la literatura diplomática? Pues que la política tradicional de los hombres de Estado de Inglaterra ha tendido constantemente a obtener *únicamente* para su nación la dirección y dominio político económico del mundo, y que para obtenerla no se han parado en pelillos ni escrúpulos los hombres de Estado. *Su* fuerza ha creado *su* derecho. La moral del procedimiento brilla por su ausencia, porque para la política, todas las políticas, el fin justifica los medios. Así podría decir John Fisher, jefe supremo de la flota inglesa y delegado en la Conferencia de la Haya, que «en caso de guerra, aunque tuviere que violar todos los reglamentos de todas las conferencias de la Paz, yo no tengo más que un fin: vencer: Los diplomáticos se arreglarán después». (Citado por Delaisi en su folleto *La guerra por la guerra*.)

Es necesario conocer este resumen histórico de la política tradicional inglesa para poder adentrarnos en la génesis de la actual guerra. Desde el punto de vista de la economía y de la política burguesas, nada puede reprocharse a Inglaterra No ha hecho más que seguir el ejemplo de otras naciones que la precedieron en este camino. La Roma antigua, la España de Carlos V, la Francia de Napoleón, todas han realizado igual política: el engrandecimiento de la propia nación a expensas de las naciones vecinas. Y cuando es la fuerza lo que crea el derecho, no es de extrañar que éste oscile y pase de unas manos a otras. La nación joven que se siente fuerte lo arrebata, en *su* momento oportuno, de la nación que declina.

Esta política tradicional inglesa levantó en el curso de su desarrollo las iras y censuras de las naciones que se vieron atropelladas. Basta recordar, de reciente memoria, la tempestad que desencadenó su guerra con los boers (1). ¿Que no se dijo de Inglaterra? Es necesario recordar esto a los que ahora censuran la política alemana olvidando los hechos consumados —odiosos en sí y porque ningún hombre de Estado inglés, francés, ruso o italiano piensa reparar las injusticias cometidas por la política nacional de sus respectivos países, ni siquiera detenerle en este camino (2); ni a los partidos demócratas se les había ocurrido clamar *fuertemente* por el nacionalismo hasta *ahora* que el peligro imperialista les fuerza a buscar apoyos y simpatías— olvidando, repetimos, el *hecho consumado* por el *hecho que pretende consumarse*. Porque aquí está la clave de la admiración y de la animadversión, que nos parecen igualmente ilógicas. ¿Se acepta el hecho consumado como un estado de *derecho revocable* por saberlo basado en la fuerza y en la injusticia de la expoliación? Se tiene entonces derecho a ejercer las más duras e implacables críticas contra el imperialismo teutón, a condición, empero, de hacerlas extensivas al mismo tiempo a las naciones que sin imperialismo y con toda la democracia que se quiera se han apoderado, militar o económicamente, de medio mundo y batallan ahora para que la plutocracia alemana no se lo arrebate. ¿Se acepta el hecho consumado como un estado de *derecho irrevocable*, es decir, como un *statu quo* que mantenga el ficticio equilibrio de las naciones antes de estallar la guerra, aun sabiendo como está basado? Pues no hay derecho a censurar el imperialismo alemán que se basa precisamente en este ejemplo de la fuerza creadora del derecho nacional a desarrollarse a expensas de los demás. Leed atentamente las páginas de Bülow y veréis como el maestro del pangermanismo es la política tradicional inglesa, como a su vez ésta es heredera de otras parecidas políticas de naciones que dominaron el mundo con sus ejércitos. La ambición pangermanista se levanta a disputar a Inglaterra y Francia este dominio político-económico del mundo, y se levanta con igual pujanza e igual desconocimiento del derecho ajeno como pudieron hacerlo otras naciones. Desde el punto de vista político-económico burgués, la lógica está de su parte, aunque la haga odiosa el procedimiento imperialista en estos tiempos de democracia celosa de sus arbitrarios derechos. defensora del *statu quo*, es decir, de un derecho que no tiene otro origen que la expoliación, y en la fuerza se basa para defender sus intereses creados. Y las naciones y los partidos que aceptan el hecho histórico consumado, que de su derivado derecho viven y con él medran y lo defienden de la rapacidad teutona, poco tienen que censurar a Alemania. Primero tendrían que hacer justicia en casa. Y no hay una sola nación exenta de culpa ni que tenga propósitos de arrepentimiento. Decir que se hará justicia después del actual conflicto, que se restablecerá el derecho, es confesar que sus imprecaciones contra el pangermanismo ofrecen un flanco débil. Sembraron vientos de ambición y de dominio y recogen tempestades de dominio y de ambición.

(1) En aquella época, la actitud de los socialistas anarquistas puede resumirse en las siguientes palabras del compañero Charles Albert:

«No hacemos votos contra Inglaterra, sino contra la guerra. No es en favor de los Böers que debemos tomar iniciativas, sino en favor de la paz». (En el suplemento literario de *Les Temps Nouveaux* periódico dirigido por el camarada Jean Grave).

Verdad que ahora no se trata del suelo patrio ajeno, sino del propio suelo patrio. Pero se nos ocurre reflexionar que a los actuales anarquistas les pasa lo que a aquellos individuos que educados religiosamente en su infancia, y enfriada su religiosidad más tarde, resurge cuando se hallan en grave peligro de muerte. Amenazado el suelo patrio, ¿no resurge, tal vez, ahora, la educación patriótica que recibimos en las escuelas del Estado capitalista?...

(2) No solamente no se hallan dispuestos a reparar injusticias, sino que están predispuestos a cometerlas por espíritu de conquista y de venganza.

The Thimes, de Londres, organo casi oficial del Gobierno, se expresa del siguiente modo ensu edición del 25 de agosto:

«Nosotros y nuestros aliados acabaremos por ser una potencia militar tan formidablemente equipada en hombres y en material, que jamás Alemania durante la presente generación podrá hacernos la guerra».

Tendríamos, pues, por este lado, que no tan sólo subsistirían los grandes ejércitos, sino en aquellos mismos países que dijeron en armas para combatir al militarismo teutón, levantarse subsistirían aumentados y corregidos. Y como los ejércitos se crean para algo, puede que sea para esto que telegrafiado leemos en la prensa española del 3 de septiembre.

«París, 2. Publica hoy el *Journal des Débats* una carta de Barthou, en la que el antiguo presidente del Consejo de Ministros afirma que la restitución íntegra de todo el territorio serbio que los búlgaros se apropiaron en 1913 no será suficiente para el establecimiento de la paz entre Bulgaria y las naciones aliadas, y añade:

«En ningún código se establece la impunidad del ladrón por la sola restitución de los objetos robados; a dicha restitución, cuando se produce, se agrega siempre un castigo. Del mismo modo, los gobiernos de presa, cualesquiera que sean, aun después de restablecido el *statu quo ante*, sufrirán la pena que sus crímenes merezcan».—*Havas*.

Es decir, no tan sólo no habría el desarme soñado por los actuales combatientes de tercera clase, sino que la burguesía aprovecharía la victoria para agrandar el territorio nacional y vengarse... siempre en nombre del derecho y del respeto a las nacionalidades, por supuesto.

Y si así fuere, y es probable que así sea, porque los hechos se inclinan de este *lado económico* y no del *lado ideológico* o sentimental, ¿qué diría a esto el revolucionario socialista... complaciente? Mejor desencanto creer luchar por el derecho y la libertad y despertar artificialmente la venganza, la injusticia, la expansión patriotera, el militarismo... y la burla del Capitalismo. En buen puerto de arrebatacapas se habría metido.

Razones y Palos

Sobre una conferencia

En las columnas de nuestro querido diario *Solidaridad Obrera*, Manuel Andreu ha pretendido refutar a lo que le replicamos sobre las manifestaciones hechas en la conferencia que, con el tema de «El sindicalismo se basta a sí mismo», dió en el local social de los Obreros Mecánicos de Barcelona.

Lo procedente era que la contestación de Andreu hubiera sido hecha para ser insertada en TIERRA Y LIBERTAD, que es desde donde se le ha replicado y no en *Solidaridad Obrera*, máxime cuando la Redacción del diario nada tiene de común con las *cosas* del amigo *íntimo* de Fray León de Alma Fuerte.

Mal, muy mal empieza en su contestación mi contrincante, hablando de «aligerar intestinos» y de «evacuar su carga», sin duda refiriéndose a su conferencia, y de «municiones», «cartucheras» y «mochilas», probablemente para demostrar su belicosidad en la *discusión*... Pero al fin pretende contestar seriamente y lo hace de la única manera para él posible: tergiversando algo de lo que dijo en su conferencia, negando, «quitando hierro» y *aligerándose* algo más de su *carga*.

Nos *hace saber*, pretendiendo embozadamente negar que la huelga general de 1902 fué obra de los anarquistas, que entonces «había la huelga de metalúrgicos». Pero lo que *no sabe* Andreu es que el que estas líneas escribe formaba parte de la comisión de huelga en aquel entonces y que no había a *humo de pajas* como él. Aquella huelga general revolucionaria de solidaridad a los metalúrgicos no fué acordada por los sindicatos, sino por los anarquistas de *dentro* y de *fuera* de los sindicatos, *a espaldas de la masa sindicada* y aun sin conocimiento del gran número de huelguistas.

Y lo mismo aconteció con la huelga general de 1909. Para Andreu los actos «espontáneos» no hay nada que los decida; son algo así... menos que los hongos. Y sin embargo, aquella espontaneidad revolucionaria del pueblo, *fué* IMPULSADA *por la acción de los anarquistas* y secundada seguidamente por los hombres de espíritu revolucionario de otras opiniones y de otros partidos.

Por haberme retirado yo algunos años de la actividad anarquista, me dice Andreu que no me he enterado de la *transformación* del societarismo «mejorista»... Y efectivamente, yo *no he dejado de pertenecer nunca al Sindicato de mi oficio* en donde he actuado y actuo aun sin llamarme sindicalista, por lo que deber puede estar mejor enterado de esta *transformación*(?) que él, que no ha estado sindicado casi nunca, que su Sindicato, desgraciadamente, sólo está constituído por la Junta Directiva y que ni siquiera cumple el cargo que en la misma le confirieron y en donde jamás se le ve el pelo.

Y Andreu acaba su contestación dejando incontestado todo lo restante de nuestra réplica a su *celebrada* conferencia.

Una cosa sólo tenemos de hacer constar, aunque no sería necesario, pues es sabida de todos, y es que si agresividad ha habido en este asunto, ella ha partido en su origen del mismo Andreu, primero mediante su *inseparable* amigo Fray León de Alma Fuerte y después en su conferencia, en la que no rechazó las ingerencias político-reformistas y demás influencias que son verdaderos *elementos extraños* al sindicalismo obrero revolucionario, y las emprendió contra los anarquistas y el anarquismo, que son el alma accionante del actual sindicalismo y la idealidad hacia donde se dirige la historia del proletariado mundial.

Razón falta de peso

El suicidio de Trigo ha coincidido con la subida del precio del pan en Madrid.

Y he aquí una *coyuntura* de la que son capaces de valerse los burgueses harineros y panaderos como razón (una razón de no menos fuerza que todas las que arguye la burguesía) para justificar la carestía de tan imprescindible producto, aunque Juan José Morato haya demostrado en el *Heraldo de Madrid* que el tal encarecimiento es una verdadera estafa equivalente al robo descarado.

Pero los panarras señores *Esteves* de la capital de España han sacado a relucir ya todo aquello de la ley de la oferta y la demanda y han añadido con aire triunfal: «¿Hay alguien que pueda negar la falta de Trigo?

Y ante tan innegable comprobación han convencido a las autoridades de Madrid, que han dado el *visto bueno* para que los burgueses *panadizos* sociales puedan seguir estafando en el precio o robando en el peso, que es la solución que han presentado como dilema los honrados negociantes que se enriquecen con la miseria del pueblo.

Periodistas venales

Entre las muchas indecentes canalladas que han dicho y escrito los que para justificar sus egoísmos y malas acciones no tienen escrúpulo de valerse de cualquier infamia, está la de que las últimas huelgas habidas en España han sido *pagadas* por el oro extranjero. Todos recordaremos que algo de esto dijeron ya los burgueses metalúrgicos de Barcelona. Pero los más cochinos son esos periodistas que, atacados de los morbos «ófilos» y «ófobos», algunos de ellos comprobadamente pagados por agentes extranjeros, se dedican a la calumnia vil contra los organismos obreros que se agitan o se declaran en huelga, reclamando de la burguesía capitalista que absorbe millones aprovechándose de la guerra, algo que les compense del encarecimiento de los productos indispensables para la vida, precisamente encarecidos por los mismos capitalistas.

Que, por ejemplo, ¿es francés o trabaja para Francia el establecimiento donde los obreros reclaman? Pues los *agitadores* son pagados por el oro alemán. Que, por el contrario, ¿es alemana la entidad industrial? Oh, entonces es el oro francés o inglés el promovedor del conflicto, según los apestados y prostituídos del bando contrario.

Son tantas las patrañas y absurdidades inventadas con referencia al movimiento reivindicador para mejorar las condiciones del obrero en la actual carestía de la vida, que no parece sino que Maquiavelo haya resurgido en los tiempos presentes, degenerado en figura de periodista miserable sin dignidad ni vergüenza.

Con el trasero en las narices

El Diluvio se muestra indignado porque el aumento de 50 céntimos diarios sobre el jornal de los obreros municipales, acordado por el Consistorio en 25 de enero último, no se ha hecho efectivo todavía como si no hubiera dinero para ello, mientras que a una demanda impositiva de la Compañía de Aguas, la Alcaldía ha encontrado en un plazo de breves horas 100.000 pesetas para la referida entidad capitalista.

Pero ¿es que vive en Babia *El Diluvio*? ¿Ignora, acaso, que aquel acuerdo fué una maniobra política y, por tanto, una farsa efectuada aprovechando las circunstancias de la huelga de albañiles y metalúrgicos, maniobra que sirvió de plataforma electoral poco después y que una vez efectuadas las elecciones desapareció ya el *motivo* del referido acuerdo municipal?

Pero, no obstante, el acuerdo queda; y algún día veremos como sirve, cumpliéndose... otra vez para lo que sirvió: como ardid electoral, prometiendo en vehementes discursos el cumplimiento del acuerdo del aumento de salario, con un real más encima y la luna además, en forma de trasero de representante del pueblo.

Notas... discordantes

Leemos en la prensa burguesa que Francia ha dirigido otra «nota» a España. Esta última es referente a los reperidos ataques que en las costas españolas efectúan los submarinos alemanes contra buques de las potencias aliadas.

Con esta son varias ya las «notas» recibidas por el Gobierno español, con las que, sin duda bien combinadas con alguna otra que pueda añadírseles, tal vez se pueda recomponer la célebre *Marcha de Cádiz*.

Pero a los *compositores* no les resultará la combinación musical bélica.

Las «notas» *discordantes* del pueblo español se lo impedirán.

Los sordomudos por conveniencia

La Justicia Social da por terminada una cuestión en la que ni siquiera se atrevió a entrar y dice que no quiere andar más a la greña con los anarquistas, diciendo que es engolfarse en discusiones inútiles, declarándose sus redactores *sordos* de la peor especie y *mudos* al dejarnos incontestados,

Añaden no ser verdad que nos hayan insultado.

Lo que demuestra que además de haber quedado sin oído y sin palabra han perdido también la memoria.

¡Oh, los simples intelectuales antisimplistas, y sedicentes pensadores «a la moderna!»

¡Os habéis lucido!

MONTEGUALDO

Canto a la "Sardana"

Leyendo en la prensa diaria los sucesos odiosos acaecidos en Gerona, vemos que unos oficiales de aquella guarnición se burlaron del baile típico catalán, de la sardana; y que después de sus burlas y provocaciones, tirotearon a la multitud indefensa y desprevenida...

Y ya que parece *no haber* una sanción penal que castigue este delito, demostrémosles, al menos en el terreno moral, que ese baile, esa danza, tiene un origen histórico que le adjudica la paternidad del pueblo más grande de la tierra, del pueblo-rey, del pueblo-astro, del pueblo-dios, del pueblo cuna de la civilización, del arte, del pensamiento, de la filosofía; del pueblo griego; de aquella antorcha alucinante que irradia con sus rayos inextinguibles todas las regiones del planeta y todas las edades de la Historia.

⁂

La sardana es una danza genial, divina. Los dioses la bailaban en derredor de Júpiter; las musas en derredor de Apolo; las ninfas en derredor de los héroes; los gentiles en derredor de las estatuas de sus dioses. Viendo una danza de sardana nos parece que se despierta el paganismo y que vienen a nuestro mundo las musas muertas al pie de los altares helénicos, al pie de las columnas y de los frontones del Partenón.

Pero lo más grande de la sardana es la forma en que se danza: en círculo. No sólo tiene la grandeza de ser la danza del Olimpo y del Parnaso, sino que también tiene la de ser la danza del círculo, de la figura madre de la geometría, emblema del universo y base de la filosofía.

¿Habéis leído alguna vez lo que dice Emerson del círculo?... Os lo recomiendo. El círculo es una línea fatal. En el universo todo gira sobre un círculo más perfecto o menos; pero siempre es un círculo.

Todos los mundos que giran en el infinito lo están sobre esa curva terrible cuyas dos ramas se encuentran y se confunden. La electricidad, el formidable descubrimiento de las edades modernas, ha de girar, ha de caminar sobre un círculo; cuando éste no existe, cuando el circuito está roto, la corriente eléctrica no funciona. Y nuestro pensamiento mismo, sin quererlo y sin notarlo nosotros, gira también sobre un círculo. Sobre un círculo obscuro, indeterminado, invisible y misterioso, eterno y fatal; pero sobre un círculo. Cuando pensamos, cuando filosofamos, creemos que trazamos una línea recta que en eterna progresión nos lleva al infinito; pero es una ilusión nuestra. Caminamos sobre un círculo que siempre nos lleva al punto de partida, que siempre nos conduce al origen.

Y la sardana es eso: un emblema de la armonía y del concierto universal. Es una danza artística, sentimental. No es un baile voluptuoso, en donde las parejas se atraen al impulso de la fiebre lujuriosa, no. Es un baile democrático y familiar donde danzan unos y otros, unos de la mano como en un juego infantil, y donde pueden ir engrosando mientras quieran ensanchar el círculo.

Pero esta danza, como todas las cosas grandes, es para los grandes pueblos. Las puertas de una ciudad sobre las espaldas de un enano nos harían reir; sobre las de Sanson nos hacen estremecer. La sardana sería ridícula tal vez en algunos otros pueblos; en Cataluña es sublime.

Pero este baile divino tiene una condición que acompaña a todo lo genial: que los hombres de hielo, que los hombres de linfa y de hierro no la comprenden, no la sienten...

DIEGO RAMON

LOCURA

Las muchedumbres que yacen sumidas en el profundo letargo de la indiferencia y que jamás pretenden escudriñar el insondable arcano de la naturaleza para estudiar sus recónditeces, se dejan fácilmente arrastrar por la corriente general sin indagar lo que puede producirla ni alejar la vista para examinar el cauce por el cual tiene que pasar, pues muy fácilmente puede ir a despedazarse en un terrible despeñadero o hundirse en un espantoso abismo.

Los encargados de fecundizar el embrutecimiento de los pueblos y castrar todas las rebeldes energías, no reposan ni un instante, jamás les rinde la fatiga, en «todos los momentos los encontramos a nuestro paso tratando de prostituir los más bellos ideales, corrompiendo las más sublimes concepciones, encenagando la obra de clarividentes cerebros, destrozando, en fin, todo lo grande y sublime que podía reportar incalculables beneficios a la humanidad, y una vez adulterado por esa taifa de miserables, se lo entregan, convertido en indecente piltrafa, en hediondo pingajo, al estúpido rebaño, a la imbécil muchedumbre que lo acepta y lo traga sin paladearlo siquiera.

⁂

Todos los grandes descubrimientos que registra la historia de la humanidad y que sirven para que el hombre se imponga a todos los demás animales y para dominar a la naturaleza, son debidos a la extraordinaria mentalidad de individuos que la masa estúpida e inconsciente calificó de locos, no guiada por su propia voluntad, sino impulsada por mediocridades de anacrónico cerebro que pretendían y pretenden spoliar la incandescente luz del astro solar en una profunda sima; mas como la luz se filtra por la más insignificante rendija, también el nuevo descubrimiento o la idea por primera vez concebida en un cerebro libre de mezquinos prejuicios, triunfó a pesar de la gigantesca lucha que precisaron realizar aquellas individualidades contra toda la tradicional rutina a que estaba afrentada la generalidad. Muchos de estos individuos, fueron sacrificados por la ignorancia del vulgo y por la refinada crueldad de los tiranos; sin embargo, su obra se elevó a incalculable altura y más tarde fué reconocida y aceptada como justa por la apática muchedumbre causante del sacrificio de aquellos *locos* que de vivir, acaso realizaran trabajos mucho más transcendentales...

De locos, somos también calificadas los que actualmente anatematizamos este farragoso conjunto de iniquidades y crímenes que a todos nos agobian; este grandioso océano de gigantescas olas que amenaza ahogarnos a todos; este corrompido cuerpo social cubierto de purulentas llagas, manantiales constantes de mortífero pus; este cúmulo de maldades generadoras de miserias y de injusticias que nos tiene postergados en profundo depauperamiento; esta asquerosa y pútrida sociedad sinónimo de canallescas rufianerias que con cruel ironía llaman civilizadora...

De locos somos calificados los que, empuñando el cortante bisturí queremos escudriñar todas sus vísceras para que arroje la pestilente podredumbre que contiene.

De locos somos calificados los que pretendemos fundir, en el grandioso crisol de la Revolución, todo el conjunto de infamias y maldades para que, como de la brusca piedra se extrae el precioso metal, surja, cual aurora resplandeciente, el maravilloso edén de libertad y amor que en nuestra mente llevamos constantemente grabado los anarquistas.

Por ser tan sublime nuestra aspiración y por amar profundamente esa luminica constelación que está invisible a los achatados cerebros y que los anarquistas vemos con clara diafanidad, se nos califica de locos; la grandeza de nuestra filosófica idea es baboseada por ese redil de canegosos cerdos y apostrofada de locura.

Y finalizaré estrechando en un fraternal abrazo a todos los que, arrostrando la martirizadora persecución de los tiranos y la menosprecian los imbéciles, luchan por esta redentora *locura* que a pesar de los obstáculos que oponga la infamia de los unos y la indiferencia de los otros, pronto se convertirá en sublime realidad, pues el sémen germinador está incubado en las entrañas de la humanidad y pasado el actual período de gestación vendrá el feliz alumbramiento.

Seamos mineros, camaradas, los tocólogos encargados de precipitar todo lo posible, ese hermoso día de reivindicación humana y de procurar no se convierta en lamentable aborto.

PEDRO JUL

TRABAJADORES: Leed y propagad **SOLIDARIDAD OBRERA,** *único periódico sindicalista que se publica diariamente para la defensa de los trabajadores.*

El monumento a la farsa nacional

Empieza a levantarse en Cádiz el monumento a las Cortes.

Artísticamente hablando, el monumento será una verdadera joya, de lo mejor en España; pero sociológicamente considerado ha de ser y lo será, de lo más malo, de lo más pésimo; por su representación ideológica, pues el ideal que encarna el pensamiento que el artista ha sabido esculpir en la piedra que hoy se ve en piezas desparramadas por el suelo y que irán siendo colocadas a medida que al monumento se vaya elevando, tuvo su razón de ser allá por las medianias del siglo XIX, cuando las libertades políticas no habían arraigado aún en el alma nacional; cuando el ambiente no había sido saturado aún por las brisas del democratismo emanado de la exhuberante fuente de la revolución francesa.

Pero hoy, después de aquella revolución, de la declaración de los derechos del hombre; después de tantos años de parlamentarismo, durante los cuales el derroche de la liturgia ha sido extremadamente grande; hoy que, como dice Miguel de Unamuno hablando del Parlamento, «no se muestra allí sino la industria o la comedia; quiero decir que apenas se ve sino quienes van al negocio o quienes salen a tablas a representar un papel del modo que les procure más aplausos y les de nombre de comediantes», hoy, repito, puede decirse que el monumento, que empieza a levantarse en la augusta ciudad de Cádiz, en esta ciudad cuna de los tres grandes genios que se llamaron Castelar, Eduardo Benot y Fermín Salvochea, no es más que la representación genuina de una farsa, la farsa nacional, representada a su vez por esos comediantes que cita Unamuno, oficiantes de un culto en cuya eficacia no pueden creer de ninguna manera, aunque otra cosa le hagan creer al pueblo que todavía tiene la candidez de elegirlos, o, por lo menos, de prestarse al juego, creyendo que desde los escaños del gallinero nacional, llamado Parlamento, se lucha por atenuar la miseria de los pueblos y por traer, como maná llovido del cielo, la panacea republicana-socialista, como única solución a su malestar y como sumum de su felicidad.

⁂

El monumento a las Cortes, será la admiración de propios y extraños; de todos cuantos de excursión por las principales poblaciones del mundo, visiten «la tacita de plata».

Para el pueblo, un nuevo ídolo a quien venerar.

Para nosotros, como amantes del arte en sus diversas manifestaciones, una joya de inapreciable valor, una producción del ingenio humano contemporáneo; pero como observadores pensantes y como anticlestatistas, un monumento a la farsa nacional.

Chiclana H.E GALES

Notas internacionales

FRANCIA

Leemos en *La Depêche* número 17.459 el extracto de un juicio, poco en concordancia con la libertad y la civilización verdaderas.

Hélo aquí intrínseco: «El Tribunal de Céret (Pirineos Orientales) acaba de condenar—por tentativa de exportación de una suma de setecientas pesetas (700) en oro, a Antonia Segarra, viuda Dobourg, de sesenta y dos años de edad, doméstica en Paulilles—a quince días de prisión, cien pesetas de multa y gastos de juicio, y además a la confiscación de la suma mencionada».

¡Pobre anciana! Verse arrebatadas las economías, fruto de tantos años de explotación, acaso de privaciones sin número, y por añadidura condenada a 15 días de prisión y a los gastos del juicio. ¿Por qué?... por no haber entregado en tiempo debido ese oro a la patria francesa; por haber intentado exportarlo a fin, sin duda, de que más tarde pudiese obtenerlo de nuevo. Aquellas monedilas de oro, que había podido amasar con el sudor de su frente, que había contado una por una tantas veces, porque el oro con su brillo refulgente fascina y anima a las pobres almas, no las había querido entregar al Estado, cuando éste hizo en repetidas veces un vibrante llamamiento a todos los poseedores de él, en pequeña o en grande proporción, para que vaciaran sus bolsillos de monedas amarillas a cambio de billetes de todo valor, de todo tamaño.. ¡La vieja, no sabía sin duda nada de la Patria, del Estado, de la Guerra, del deber de los ciudadanos, de las necesidades financieras del Estado!... Ella no sabía otra cosa sino que un raudal de sudor, un Sumum de penas y fatigas incontables, años de dura y despiadada explotación, habíanle costado el ahorro de esos deslumbrantes moneditas, y ahora, en nombre de deberes, de derechos que ella ignoraba y no había sentido nunca, pretendían arrebatárselo... ¡Ah! no. Ninguno más que ella tenía el derecho natural sobre la propiedad de aquella suma que representaba para ella toda un total de trabajo bestial, de esfuerzo físico y moral, intenso y deprimente! ¡Nadie había cooperado a la adquisición lenta pero continua de la misma! Era pues muy suya. Sin embargo, el estado arbitrario y omnímodo de un país en guerra le ha demostrado de una manera bárbara, que no es así cuando lo mandan la borrachera crónica de la matanza y la sed insaciable del oro, que le es inherente para poder continuar sus estragos en el espíritu decaído y animalizado de los hombres de mediocre estirpe.

¡Oh, la ley es bárbara, pero la conciencia de los encargados de ejecutarla, en momentos tan críticos, en momentos tan transcendentales en su fuerza ciega y elástica no alcanza la prescripción de pena porque el delito o pseudo-delito no había sido previsto, es todavía más inhumana, más implacable. Y la lógica, el razonamiento, la justicia natural, que no hallaron nunca albergue en la conciencia del magistrado, no pueden sustituir el vacío de leyes escritas, que si bien son absurdas e injustas, nunca lo fueron tanto como las medidas arbitrarias que esos hombres con entrañas de granito tienen a bien tomar contra los *delincuentes!*

⁂

Los aprovechadores de la guerra

Varios diarios franceses valoran los beneficios realizados por los establecimientos metalúrgicos del Creusot desde la ruptura de las hostilidades en *mil seiscientos millones*. CIEN MILLONES POR MES. ¡Una bicoca!

El diputado Mistral declaró hace unas semanas, sin que fuera controvertido, que en el Creusot, donde la vida es más cara que en París, existe una multitud de obreros que no ganan más de 3'90 francos por día.

Verdad es que, hace tres o cuatro meses, monsieur Albert Thomas, *socialista* y ministro de municiones, pronunció elocuentes palabras dirigidas a esos obreros de los que hizo un magnífico elogio y a los que agradeció en nombre de la Patria y de la República.

Pero sería curioso saber si ha tenido el mismo lenguaje para los que, *honrada y legalmente*, se han embolsado los mil seiscientos millones.

En otro periódico francés hallamos lo siguiente:

En 1915, los beneficios netos de la *Steel Corporation* (fabricantes de acero de los Estados Unidos) se elevaron a 75 millones de dollars. Los de *Duponts* a 58 millones de dollars. Los de la *Bethleem Steel C.º* a 23.672.000 dollars. Esta última sociedad emplea 22.064 asalariados; de manera que ha arrancado de cada uno de ellos ¡1'077 dollars!

En Petrogrado, los teatros y los establecimientos de noche pagan a precios fabulosos a las bailarinas. Sobre esto, el *Cri de Paris* contó que en un elegante «cabaret» de la capital eslava, al anuncio de las primeras victorias de Broussilof, los «soupeurs» despojaron de la vestimenta a la bailarina «étoile», reemplazando su vestido con otro confeccionado al momento con ¡doscientos mil francos en billetes de banco!...

Los comentarios a esto pueden hacerse contrastándolo con el jornal que dan a los obreros del Creusot.

ESTADOS UNIDOS

Las autoridades americanas han decidido matar la prensa anarquista: después de *The Blast*, *Alarm*, *